

los niveles de desafección participativa están haciendo peligrar pilares insustituibles de nuestro sistema de convivencia.

Y esto es, por cierto, lo que pasa con el ajustado y bien ponderado volumen que comentamos en esta ocasión, bastante a tono –podría decirse– con el permanente objetivo de ayudar a entender que la tarea, la meta, el propósito de educar necesita de todas las mujeres y hombres que tenemos como miembros de una comunidad (recuerde el amable lector aquel proverbio africano implícito en el mensaje que aquí se condensa «para educar a un niño se precisa de toda la tribu»).

Amén de los imprescindibles logros instructivos y de los inexorables niveles de dominio que marcan la demostración de nuestro fiel seguimiento de una tradición escolar vinculada al análisis de rendimientos tangibles y de productividades manifiestas, el yo cívico acaba siempre por aparecer en escena. La razón es pragmáticamente sencilla: si el eje del sistema social es la acción comunicativa, en cuya ausencia las cosas no van precisamente a mejor, entonces hemos de cuidar que esa acción sea mancomunada y que la educación contribuya de manera efectiva a la génesis de una identidad que no se resuelva exclusivamente en términos de individuación.

Dejémonos de rodeos, pues si la educación ha de contribuir a la realización de la comunidad, también ésta puede hacer mucho en favor de un aprendizaje más participativo, por no hablar del servicio que puede prestar el desarrollo de una inteligencia social, y al crecimiento de iniciativas propincuas

FLECHA, R. y LARENA, R. (2008) *Comunidades de aprendizaje*. Sevilla, Fundación ECOEM.

Como en cualquier otra dimensión de la vida, también en el mundo editorial hay libros pequeños que, sin embargo, son grandes en contenido significativo, por su generoso simbolismo o por sus magníficos referentes en la siempre ilusionante misión de redefinir y reconstruir la educación para mejor servicio a sus fines y al edificio de la ciudadanía democrática. Máxime en tiempos de una incertidumbre mayúscula y en los que, tristemente,

al magno proyecto de una democracia más inclusiva.

Hablar de comunidades de aprendizaje es como mentar una especie de «regreso al futuro» para la teoría y la práctica de una educación necesitada de nutrientes epistemológicos y gnoseológicos situados, de los que derivar la energía y el talento con los que alumbrar nuevas ideas, esto es, renovados planes de acción en y para el aliento de una pedagogía de la sociedad civil.

No es casualidad que entre los antecedentes con los que aderezan su relato los profesores Ramón Flecha y Rosa Larena nos encontremos muestras fehacientes de tal pedagogía aplicada, *aquende y allende*, entre las que relacionan el centro de personas adultas La Verneda-San Martí de Barcelona, el programa de desarrollo escolar para comunidades afroamericanas, en el alfoz de una universidad tan poco asociable a la pobreza como *Yale* en New Haven (Connecticut, USA), las célebres escuelas aceleradas de Henry Levin por idénticas latitudes o, sin abandonar el *país del Tío Sam*, el magnífico programa «Success for All» (hoy ya convertido en pujante Fundación) de un gran investigador y amigo, Robert E. Slavin, con el que tuve ocasión de compartir ideas y trabajo en la Johns Hopkins University hace unos cuantos años. Programa, conviene decirlo para quien no lo sepa, que ha traspasado fronteras y unido voluntades para seguir luchando en favor de un mayor éxito para todos los niños y todas las niñas desde la escuela infantil.

Definición y antecedentes propician que el lector interesado pueda adentrarse en los procesos de transformación y

consolidación que implica el cambio desde un centro educativo convencional a una comunidad de aprendizaje (cincuenta y tres son las que, *bic et nunc*, están funcionando en toda España). Como es lógico, casi toda es cuestión de convicción. Creer con firmeza ayuda a poner manos a la obra, asumiendo las fases más representativas: sensibilización, toma de decisión, sueño (lo que queremos para nuestros hijos/as ha de aplicarse a todos los niños y niñas), selección de prioridades y planificación, donde se contempla el trabajo de investigación, de formación y de evaluación.

Naturalmente, ya que es gran objetivo de las comunidades de aprendizaje elevar las cotas de aprendizaje instrumental a fin de participar con éxito, e igualmente, en la sociedad, formar a las familias es clave pues de ellas depende también la cantidad y calidad de aprendizaje en la infancia. Incluye acceso y entrenamiento en las TIC, junto a las llamadas «tertulias literarias dialógicas», tratando de acercarles la maravillosa lectura de clásicos como Cervantes, Lorca o Kafka. Regresando al aula, la coherencia teórica se traduce en la reorganización de espacios para constituir grupos interactivos (entre cuatro y cinco personas), de organización flexible y composición heterogénea, cuyo propósito no puede ser otro que desarrollar la motivación, la responsabilidad y las expectativas.

En el capítulo de cierre lo que se acentúa es un modelo dialógico de convivencia, que comporta un aprendizaje de idéntico sello, amparada por una ética procedimental con capacidad generativa de normas aceptadas y

aceptables por todos, lo cual ha permitido plantear en las comunidades de aprendizaje un modelo comunitario de prevención y resolución de conflictos. Desde luego, aprendizaje y convivencia son inseparables, pues su fusión es lo que hace crecer la inteligencia cultural, articulando destrezas sin las que no existiría ni libertad, ni diálogo, ni comunicación. Por eso decimos que las comunidades de aprendizaje transforman los valores anteriores de las personas en nuevos valores, más volcados a la participación y las disposiciones emancipatorias, aunque sin perder de vista una ética del cuidado y de la responsabilidad para con los demás.

Creo que con lo dicho ya hemos reunido los elementos suficientes como para animar la consulta de este libro, narrativamente fluido y extenso en sugerencias teórico-metodológicas para progresar en educación de calidad, entendiendo por tal aquella en las que conseguimos armonizar buenos cauces de participación individual y solventes proyectos de aprendizaje social.

Buena parte de pedagogos, profesores y educadores en general seguro que han escuchado hablar del concepto nuclear que incluso rotula la portada del estudio. Pero, al margen de cual sea el grado de ilustración sobre el particular, lo que ha hecho la Fundación ECOEM con esta nueva entrega de su bien diseñada serie («Foro Educación») es poner a general disposición una espléndida introducción acerca del sentido y el valor educativo que conlleva pensar y hacer comunidades de aprendizaje.

Miguel Anxo Santos Rego